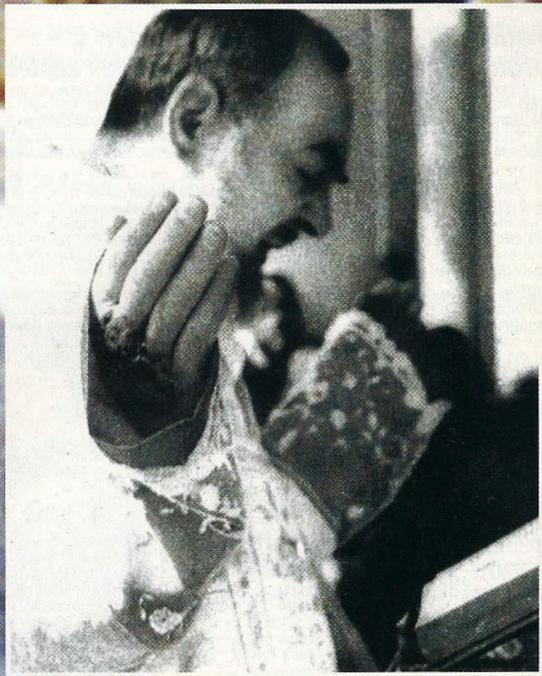


ALGUNAS PERSONAS REPRODUCEN EN SU CUERPO LAS HERIDAS DE CRISTO

¿Enfermedades o testimonios de lo sobrenatural? Desde hace cientos de años, algunos hombres y mujeres reviven en su carne los padecimientos de Cristo en el momento de la crucifixión. Ante médicos y otros testigos, se abren en su piel impresionantes llagas y la sangre mana a través de heridas provocadas por objetos invisibles. Los estigmatizados no son un producto de leyendas piadosas; son personas reales que viven entre nosotros y sufren uno de los fenómenos que más ha impresionado a los científicos que los examinan.



Estigmas: la Herida Sagrada

Frankie Paige es una persona normal. Su vida no difiere mucho de la que pueda llevar cualquier otra joven de su ciudad. Pero en cuestión de segundos, el mundo que conoce se derrumba. Enigmáticas visiones de carácter religioso, fuera de su control, se suceden ante sus ojos. Experimenta un terrible dolor físico y moral; el escenario de lo que le sucede no sólo está en su cabeza: sus muñecas sangran. Frankie está sufriendo una estigmatización. Pese a ser una atea confesa, revive involuntariamente, en cuerpo y mente, la Pasión, las últimas horas del tormento que acabó con la vida de Cristo.

Así comienza a desarrollarse el argumento de *Stigmata*, una película que aborda por primera vez el complejo y desconcertante mundo de los estigmatizados en una compleja trama donde se entremezclan también la posesión o la historia de los primeros años del Cristianismo. ¿Se trata sólo de ficción? El argumento y los personajes no son reales, pero no puede decirse lo mismo de los hechos que afectan de forma directa a la protagonista. El mundo de los estigmatizados no es un mito; es real y afecta a miles de personas.

Este hecho difícilmente puede pasar desapercibido para los que visitan la iglesia de San Giovanni Rotondo, en Italia. Desde que el 2 de mayo fuera recibida en la mencionada iglesia la estatua del enigmático padre Pío, tras su reciente beatificación por parte del Vaticano, miles de personas desfilan ante la milagrosa efigie de uno de los estigmatizados contemporáneos más sorprendente de todos los tiempos, un personaje singular alrededor del cual fue creciendo, ya en vida, una intensa y masiva devoción religiosa.

La marca de Dios

Francesco Forgione, conocido como el padre Pío, fue un enigma viviente para médicos y especialistas hasta su muerte en 1968. Ingresó a los quince años en un monasterio y hacia el año 1915 sufrió una experiencia que marcó su vida. Tuvo una visión de Cristo mientras se encontraba arrodillado en un banco de la iglesia donde acababa de decir misa. Difícilmente pudo explicar su vivencia: «Sentí como si me fuera a morir... La visión se desvaneció y advertí que mis manos, pies y costado estaban perforados y sangrando profusamente». Intentó ocultar sus heridas, pero fue inútil. Los responsables del monasterio le pusieron bajo la tutela de diferentes autoridades médicas que estudiaron de cerca las heridas. De modo prácticamente unánime, reconocieron que éstas atravesaban completamente sus manos, despedían un aroma agradable y ningún tratamiento había sido útil para curarlas. No tenían explicación alguna para el suceso. Además, el hermano Francesco sufría terribles hipertermias, elevadas subidas de temperatura que hacían romperse los termómetros clínicos. Diferentes manifestaciones paranormales se producían en torno a su persona: bilocación, sanación, don de profecía y una extraña capacidad pa-

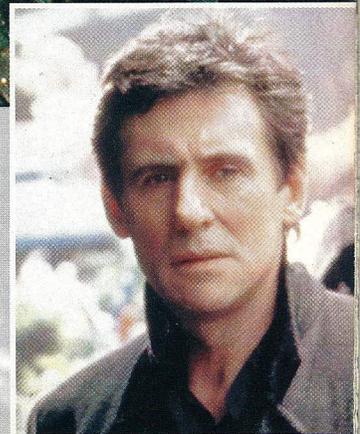


Dcha: el padre Pío y detalle de los estigmas visibles en sus manos. Sobre estas líneas y a la derecha, la estigmatizada y el sacerdote de *Stigmata*. En el fondo de las siguientes páginas, mano de la estigmatizada Marta Robin.

ra leer el pensamiento ajeno. Uno de los informes médicos manifiesta el estupor de los doctores: «He examinado al Padre Pío en cinco ocasiones a lo largo de quince meses y, aunque a veces he notado algunas modificaciones en las lesiones, no he conseguido clasificarlas en ningún orden clínico conocido... Creo que incluso se podría ver cualquier objeto o leer un texto colocado al otro lado de su mano».

Francesco Forgione, el padre Pío, constituye, tanto desde el punto de vista místico como parapsicológico y médico, un misterio incómodo y desconcertante para la ciencia.

Pero no ha sido, ni es, el único. San Francisco de Asís pasa por ser el primer estigmatizado de la historia. En medio de una intensa visión, el santo contempló la imagen de un serafín representando a Cristo crucificado. Mientras lo extraño del hecho turbaba su corazón, empezaron a aparecer en sus manos y pies las marcas de los clavos que poco antes viera en el crucificado que había aparecido ante él. ¿Fue realmente el primero? Existen documentos acerca de ciertos procesados por la Inquisición, en años anteriores a la visión de san Francisco, acusados de autolesionarse para simular las llagas de la Pasión. Así pues, los estigmatizados, o al menos la



En *Stigmata* aparecen también el fenómeno de la posesión y la historia de los primeros años del Cristianismo

LAS BODAS MÍSTICAS

Existe un fenómeno poco conocido, muy relacionado con el de los estigmas. Se trata de la «prenda de esponsales» o «anillo de desposorio», una formación epidérmica en forma de aro en torno al dedo anular, representando una sortija que con-

memora la unión mística de Cristo con quien la recibe. Tales fueron los casos de santa Catalina de Siena o Célestine Fenouil, que lo recibió en 1874. A los ojos de los testigos aparecía como una rojez epidérmica en forma de sortija, adorna-

da con pequeñas cruces y un corazón atravesado por tres puñales que se hacía visible sólo los domingos. Otras estigmatizadas italianas exhibieron esta curiosa formación, así como la única estigmatizada sudamericana, santa Rosa de Lima. ■

El afectado suele ser un visionario que cae en un



San Francisco de Asís mostrando la herida de su costado. Está considerado como el primer estigmatizado de la historia, aunque parece que existen casos anteriores.

creencia en los estigmas, parecen ser anteriores al fundador de los franciscanos. De hecho, salvando las distancias y las diferencias religiosas, no es improbable que pudiera existir algún tipo de estigmatizados en la antigüedad clásica, como lo demuestra la figura de Epiménides de Cnosos, un místico famoso entre sus contemporáneos por sus milagros y que dedicó su vida a la práctica ascética. A su muerte, se descubrió que su piel estaba marcada por unos extraños «signos». De hecho, la expresión «la piel de Epiménides» se utilizaba para hacer referencia a todo lo que fuera maravilloso o prodigioso.

Una gran variedad de estigmas

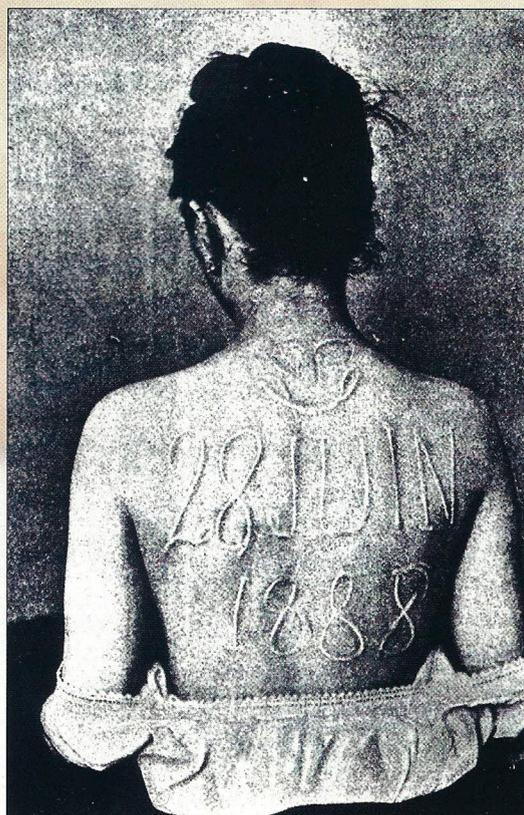
Sea como fuere, y ateniéndonos a la historia conocida, son muy pocos los estigmatizados protestantes. Se conoce alguno entre ciertos místicos musulmanes –cuyas heridas imitan las recibidas por el profeta durante las luchas que mantuvo en vida– y no existen entre los ortodoxos. Es por tanto en el Catolicismo donde el estigma toma una presencia relevante.

Pero ¿qué es realmente un estigma? Es una marca, una señal en forma de lesión, surgida sin origen físico aparente, que imita cualquiera de las heridas recibidas por Cristo durante su tortura. Los más frecuentes e importantes por su profundo simbolismo –fundamental para el Cristianismo– son las lesiones que reproducen las cinco llagas, las perforaciones en pies y manos y la herida de lanza recibida en el costado. A la lista de estos estigmas por antonomasia se añade el del hombro, que a menudo aparece herido, caído o deformado, evocando así el peso de la cruz arrastrada por Jesucristo en

su camino al Gólgota. La famosa estigmatizada Louise Lateau portaba este estigma, cuyo efecto era tan intenso que inutilizaba su brazo derecho. Aparecen asimismo estigmas sobre la espalda, en forma de latigazos, reproduciendo la flagelación. El padre Pío, entre otros, presentaba este estigma, como lo atestiguan diferentes fotografías de sus camisas. Otro estigma es el que aparece sobre la frente, un conjunto de pequeñas lesiones, de doce a quince generalmente, que reproducen las heridas provocadas por la corona de espinas, como las que mostraba, en el siglo XVI la parisina Sor Loise de Jésus; o Jeanne Boisseau, de cuya frente brotaba sangre todos los viernes a las tres de la tarde, a raíz de la Cuaresma de 1862.

Cuando todas estas marcas se dan simultáneamente, se habla de estigmatización completa, un hecho raro, si es que se puede hablar de rareza cuando nos referimos a este extraño fenómeno. Uno de los pocos «estigmatizados completos» fue Catherine de Ricci, quien durante doce años, entre el jueves y el viernes, presentaba las cinco llagas, la corona de espinas, los azotes y el estigma del hombro.

A estos estigmas se pueden añadir otros mucho menos comunes, como heridas en las rodillas conmemorando las caídas de Cristo, o representaciones simbólicas como cruces, látigos e incluso letras o palabras. Estas últimas constituyen auténticas dermatografías, dibujos sobre la piel que van



En algunos casos aparecen auténticas dermatografías, dibujos sobre la piel que pueden parecer trazos de escritura.

A veces aparecen en la espalda estigmas en forma de latigazos, reproduciendo la flagelación de Cristo, o heridas de lanza en el costado

trance místico

desde la esquemática cruz en forma de Y que surgió sobre el pecho de Ana Catalina Emmerich, que parecía reproducir un crucifijo de su infancia, hasta frases enteras como el *O Crux Ave* que salió sobre el pecho de Marie-Julie Jahenny. Asociadas a los estigmas aparecen a veces las hematomas o sudoraciones de sangre, que pueden adquirir tintes de hemorragias masivas.

En muchos casos, la recreación de la Pasión no es sólo física y pasiva; es un auténtico psicodrama del que el estigmatizado es un involuntario protagonista. El caso de Elisabeth de Herkenrode es especialmente revelador. Antes del alba revivía el prendimiento de Cristo en el Monte de los Olivos e interpretaba todas las escenas de la Pasión hasta la llegada de la noche, con la colocación del cuerpo de Cristo en el Sepulcro. Vivía todo el acontecimiento con tal realismo y dramatismo que quienes asistían a la extraña representación quedaban aterrados. También Marguerite Parigot experimentaba todas las escenas de la Pasión. En un momento parecía revivir la escena del huerto de los Olivos; más tarde sufría la flagelación y sus manos parecían atadas e hinchadas. Sus dedos se cerraban con tal fuerza que no podían separárselos. Luego escenificaba el camino de la Cruz y caía tres veces. Intentaban levantarla, pero no conseguían hacerla cambiar de postura.

Traspassados por la Luz

Bien puede decirse que hay tantos tipos de estigmas como estigmatizados. Existe, sin embargo, una característica común que marca el comienzo de la estigmatización. Generalmente, el afectado es un visionario y recibe sus heridas en el curso de un éxtasis profundo en el que la luz se manifiesta como agente primordial. El místico suele ser presa de un éxtasis intenso, durante el cual contempla una figura radiante que representa a Cristo en la cruz y de cuyas llagas parten rayos. La estigmatizada Marie-Julie Jahenny relataba así su experiencia: «Nuestro Señor se me apareció con sus cinco llagas resplandecientes. Había como un Sol en torno a ellas. De cada llaga surgió un rayo luminoso que golpeó mis manos, mis pies y mi costado. En el extremo de cada rayo había una gota de sangre roja». La experiencia es fulminante y arrasa todos los contenidos de la conciencia.

En otras ocasiones el objeto luminoso que golpea al estigmatizado es descrito como un dardo, una flecha o incluso un clavo. De esta última forma lo describía, por ejemplo, Charles de Serre, de quien se afirma que durante su autopsia se encontró el clavo alojado en su cuerpo.

Como si parte de esa luz hubiera quedado impresionada en las heridas, en algunos casos los estigmas desprenden una extraña luminosidad, a veces con formas iridiscentes, como afirman los testigos de la estigmatizada del siglo XVII Jeanne-Marie Bonomo. Tras esta experiencia tremenda, el extático sufre los dolores de los estigmas,



Teresa Neumann, la estigmatizada de Konnersreuth, aparece con estigmas y chorros de sangre manando de sus ojos en una foto tomada el Viernes Santo de 1953.

pero generalmente no se hacen visibles hasta meses o incluso años más tarde. En algunos casos ni siquiera llegan a aparecer los estigmas reales. Se dice entonces que sufre estigmas invisibles. Uno de estos «estigmatizados subjetivos» era santa Teresa de Jesús. El fenómeno parece originarse entonces en la esfera psíquica del individuo y se intensifica hasta llegar, en el caso de los estigmatizados reales, a ser somatizado y hacerse visible, es decir, a afectar realmente a su cuerpo. No es extraño que el propio extático anuncie con antelación el momento de la aparición de sus estigmas, como le ocurría a Marie-Julie Jahenny, capaz de predecir con antelación el día y la hora de su próxima estigmatización.

Otra característica que diferencia a los estigmas de las lesiones naturales es que las heridas —que no sufren procesos de infección, pero tampoco pueden curarse— sangran de forma cíclica, en mayor o menor medida y según los casos, coincidiendo con fiestas religiosas asociadas a Cristo o la Cruz. Es sobre todo en Viernes Santo cuando su actividad se recrudece, como si algo o alguien, ya sea Dios o la mente del místico, tratara de enfatizar el momento cumbre de la Pasión.

La propia sangre del estigmatizado no es me- ➤

La sangre de las llagas parece tener vida propia: puede exhalar fragancias, tiene una temperatura elevada o rompe las vasijas donde la guardan

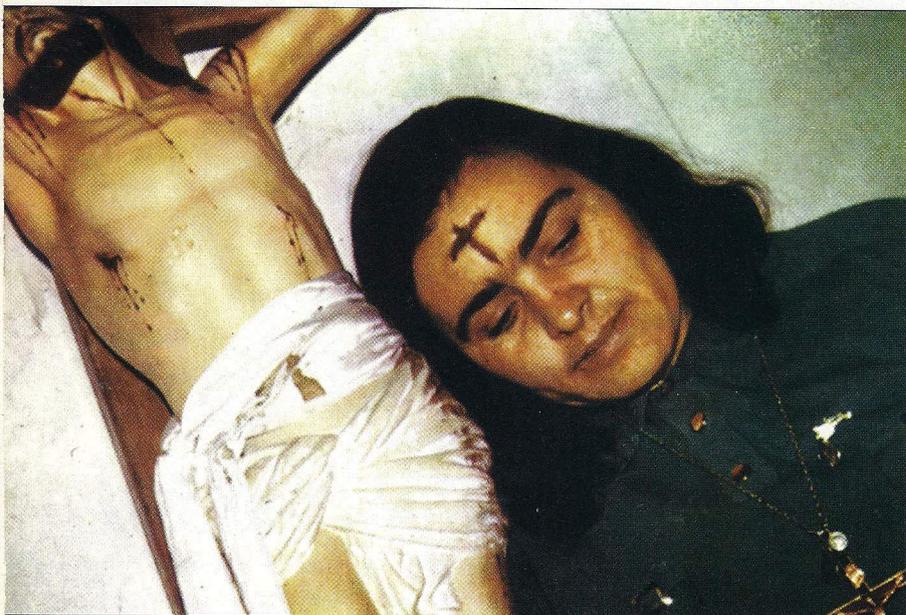
CORAZONES PARTIDOS

Hay una variedad de estigmas que se salen de lo habitual porque no suelen apreciarse a simple vista, pese a ser tan extraordinarios o más que los visibles. Se trata de los estigmas viscerales, localizados en el corazón. Santa Teresa de Jesús presentaba esta sorprendente formación. En una de sus visiones más intensas, un ángel atravesó su corazón con una

lanza. El intenso dolor la acompañó hasta la muerte, momento en el cual le fue observada en el corazón una larga fisura horizontal. Una profunda hendidura fue descubierta asimismo en el corazón de Catalina Savelli de Sezza, en el de Angela della Pace y en el de la hermana María de Jesús Crucificado. Aún más impresionante y pintoresca resultó

la autopsia de santa Verónica, en cuyo corazón encontraron el dibujo de una cruz rodeada de numerosas figuras simbólicas: tres clavos, un cáliz, un látigo, una corona de espadas, letras... Lo más curioso es que la propia santa, desde hacía doce años, había descrito cada signo y su disposición en el órgano vital. ■

Para los creyentes, el estigma es un don que Dios concede a los santos



María Concepción Mendes, la estigmatizada y visionaria de Ladeira (Portugal), en 1971 junto a un Cristo que supuestamente derramaba lágrimas de sangre.

Los estigmas que aparecen en las palmas de las manos no coinciden con el lugar donde se insertaban los clavos en las auténticas crucifixiones: las muñecas

nos sorprendente. A menudo, como en el caso del padre Pío o de Jeanne de la Croix, exhala agradables perfumes; en otros casos mantiene una elevada temperatura y calienta los objetos que toca, o rompe las vasijas en las que es introducida. Diríase que el fluido tiene vida propia.

Pero sin duda el fenómeno más sorprendente y que ha dejado perplejos a los que han podido observarlo es el de la sangre fluyendo en direcciones insólitas, desafiando literalmente a las leyes de la gravedad y corriendo de la misma forma en que lo haría si el estigmatizado estuviera crucificado. Así se observó en Teresa Neumann. Pese a estar tendida sobre su lecho, la sangre que manaba de las llagas de su pie corría hacia los dedos en lugar de dirigirse hacia los talones, como si realmente tuviera los pies sobre la cruz.

No menos impresionante resulta el caso de Ana Catalina Emmerich, quien, también acostada, sufría hemorragias que salían de sus llagas y fluían por extraños caminos en lugar de seguir su curso natural. La sangre que brotaba de sus manos corría sobre la parte interna de su antebrazo, y la que manaba de las heridas sobre sus pies lo hacía hacia los dedos pulgares.

Este hecho resulta especialmente desconcertante, pues el fenómeno se produce fuera del cuerpo del estigmatizado y, por tanto, no hay mecanismo fisiológico capaz de explicarlo. Pero, de hecho, ¿qué puede explicar los propios estigmas?

Para el creyente, se trata de un don concedido por Dios. El estigmatizado pide, enfervorizado

por la oración y la meditación continua, sufrir los padecimientos de Cristo. Para la Iglesia, el estigma es un «carisma», una marca concedida a las personas especialmente santas para estimular la fe de quienes les contemplan y para servir de ayuda en el camino de autoperfección moral y espiritual del asceta. Una tercera interpretación, a la que no se adhieren los sectores más conservadores, es la propuesta por el sacerdote Dom Alois Mager, según la cual los estigmas son producto de la autosugestión provocada por un inusitado estado de contemplación mística y fervor religioso.

Las posturas más racionalistas rechazan la intervención divina, ya que las llagas de las manos se presentan en lugares indudablemente incorrectos. El examen de cuerpos de hombres ejecutados mediante el suplicio de la cruz demuestra que los brazos eran clavados a la altura de las muñecas. Si los clavos hubieran sido insertados en las palmas de las manos, la carne se desgarraría a causa del consiguiente derrumbamiento del cuerpo. En el caso de la llaga en el costado, aunque suele aparecer en el lado derecho, como en Teresa Neumann o Louise Lateau, lo hace a veces sobre el izquierdo, e incluso se desplaza de un lado al otro.

¿Santos o enfermos?

Igualmente ambiguo es el estigma del brazo, que representa la carga de la Cruz. Se manifiesta en forma de herida, por ejemplo en santa Verónica Giuliani y santa Catalina de Ricci, o como una desviación, surco o caída del hombro. En la mayoría de los casos, el afectado es el brazo derecho, pero en otros es el izquierdo. ¿Cuál es el correcto?

La postura más radical es la que niega el fenómeno o lo trata sencillamente de impostura. En efecto, han existido ejemplos de simulación, pero ésta no puede atribuirse a todos los casos. Muchos de ellos han sido observados con el suficiente rigor como para afirmar categóricamente que el fenómeno, sea lo que fuere, existe realmente. Un caso bien estudiado por diferentes y reputados especialistas es el de la belga Louise Lateau. Tras una infancia marcada por accidentes y enfermedades seguidas de «curaciones milagrosas», comienza a tener, en 1868, una serie de éxtasis místicos en los que dialoga con personajes invisibles. Ese año, Louise sangra por el costado izquierdo. Los estigmas de los pies aparecen un viernes después. Siete días más tarde hacen su aparición los de las manos. A partir de entonces, los estigmas permanecen cerrados hasta el viernes, en que se produce la apertura de los mismos. Diversos especialistas la observan desde entonces. Los informes médicos son largos, precisos y detallados. Para comprobar que no hay autolesión introducen su mano derecha en un globo de cristal sellado. Los estigmas siguen su curso, indiferentes a las precauciones de los médicos. No hay impostura posible.

También es descartable que se trate de simples enfermedades epidérmicas. Los estigmas de los pies podrían ser provocados por una enfermedad denominada psoriasis palmaria; sin embargo, es muy poco probable que el mismo individuo la su-

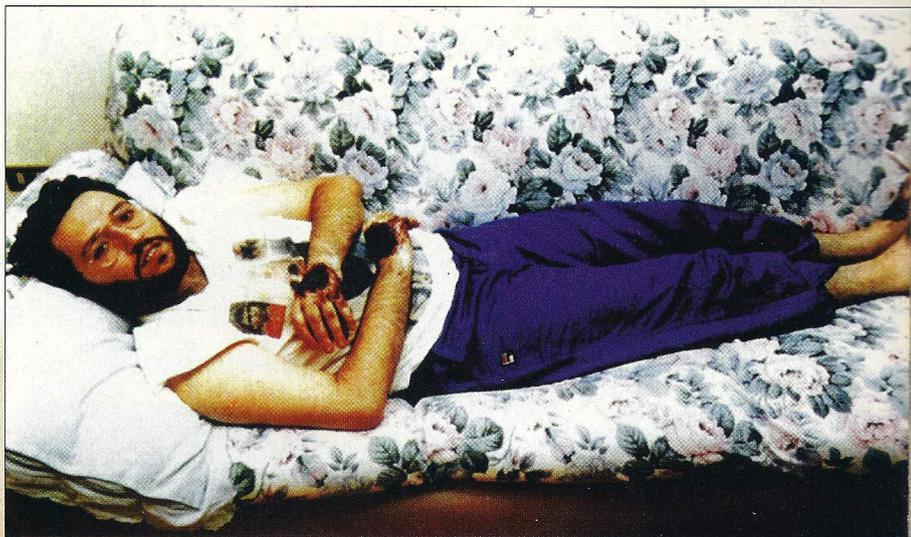
fra en cinco o más lugares concretos a la vez, y no en el resto del cuerpo, o que las hemorragias se produzcan de forma cíclica, coincidiendo con fiestas de marcado matiz religioso.

Las hipótesis racionalistas más moderadas parecen hallarse, por tanto, en el mundo de la psiquiatría. Una patología asociada al desdoblamiento de personalidad parece encajar bien, por ejemplo, con el caso de Teresa Neumann. En sus crisis visionarias, hacía todo tipo de profecías con voces y personalidades diferentes. Podría tratarse de un caso de personalidades múltiples disociadas, alguna de las cuales originaría los estigmas por determinado proceso de autosugestión. La hipótesis de la personalidad múltiple, sin embargo, no parece encajar en otros muchos casos.

El poder de la mente

El hecho de que la mayoría de los estigmatizados sean mujeres hace sospechar a muchos investigadores que la clave del fenómeno reside en la histeria, una enfermedad conocida también entre los hombres a partir de los casos descubiertos en soldados varones durante la I Guerra Mundial, pero que afecta en mayor medida a la población femenina. Desde luego, el cuadro histérico parece estar presente en algunos casos de estigmatizados. Quizá el más impactante sea el de sor Lukardis de Oberweimer (1276-1309). Durante sus visiones, la hermana Lukardis revivía la Pasión con gran intensidad y trataba de provocarse heridas para sufrir el dolor de Cristo, aunque los estigmas aparecieron sólo dos años más tarde, y no debido a sus golpes. Pero la histeria tampoco es aplicable a todos los casos. El doctor Goix ha demostrado, por ejemplo, que santa Teresa no mostraba síntomas de histeria. En el caso del padre Pío, más reciente y mejor estudiado, los análisis médicos demuestran que no presentaba síntomas histéricos y que además gozaba de muy buena salud mental.

Aún así, varios factores parecen apoyar el origen subjetivo y psíquico de los estigmas. Cuando aparecen los primeros estigmatizados se origina una suerte de «crisocentrismo» cuyo eje fundamental son los misterios de la Pasión. La imagen del Cristo glorioso del Románico va dejando paso a un Cristo doliente y crucificado. Incluso se llegaban a confeccionar vestidos que imitaban las llagas de Cristo, auténticos disfraces piadosos de estigmatizado. Y existe, por supuesto, un factor individual. El estigmatizado suele ser una persona de profunda religiosidad, obsesionada por las llagas de Cristo y por revivir su dolor. Los profundos estados de meditación que se producen durante sus visiones podrían generar una situación de autosugestión capaz de somatizar su experiencia psíquica. Se han llevado a cabo experimentos en este sentido, el más famoso de los cuales es el protagonizado por el doctor Alfred Lechler y una paciente neurótica y con tendencias religiosas. Bajo el efecto de la hipnosis y la sugestión, Lechler consiguió en ella los primeros estigmas experimen-



Un caso particular de estigmatizado es el contactado italiano Giorgio Bongiovanni, quien asegura haber recibido los estigmas en Fátima, el 2 de septiembre de 1989.

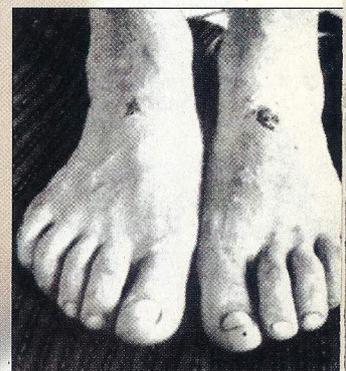
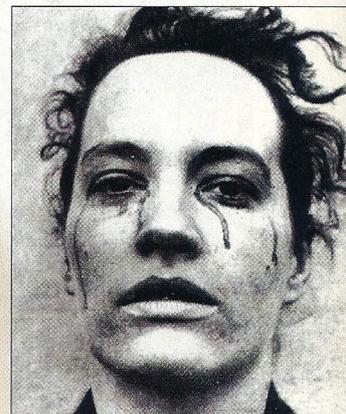
tales. La intensidad de éstos, sin embargo, es muy diferente a la de los auténticos estigmatizados. Además, el estigma real difiere mucho del inducido por hipnosis. En el estigma genuino, a diferencia de lo que ocurre con los transitorios e indolores provocados por sugestión, la herida sigue abierta y no hay descomposición de los tejidos ni proceso curativo natural o médico.

La clave quizá haya que buscarla en la misma fuerza que exhiben yoguis, faquires y cirujanos psíquicos: el poder del pensamiento sobre la materia viva. Todos ellos tienen capacidades de autocontrol físico sorprendentes. Y algo en la psique del estigmatizado también parece controlar la situación, como lo demuestra el hecho de que muchas veces los estigmas parecen «obedecer» a las órdenes de los religiosos que atienden al místico. Así, en el caso de Verónica Giuliani, el padre Crivelli le ordenó que se cerrase la herida del corazón, lo cual ocurrió al instante.

¿Gracia divina? ¿Enfermedad? ¿Fenómeno parapsicológico? El misterio de los estigmatizados está muy lejos de quedar resuelto. Sin embargo, eso importa poco a los millones de personas que peregrinan a la iglesia de San Giovanni Rotondo para venerar al padre Pío, el más asombroso estigmatizado y místico de nuestro siglo. ■

MÁS INFORMACIÓN:

- **Estigmas en nuestros días; El padre Pío de Pietrelcina; Estigmatizados y apariciones.** Francisco Sánchez-Ventura. Ed. Fundación María Mensajera. C/Coso, 92-2º Dcha. 50001 Zaragoza.
- **Stigmata.** Ian Wilson. Ed. Harper & Row. Nueva York, 1989.
- **El Misticismo.** Aimé Michel. Editorial Plaza & Janés. Barcelona, 1975.
- **Estigmas, levitaciones y éxtasis.** Francisco Alonso-Fernández. Ediciones Temas de Hoy. Madrid, 1993.
- **Les Phénomènes physiques du mysticisme.** Herbert Thurston. Éditions du Rocher. 1986.



Tres fotos de Elizabeth, la paciente que sufrió estigmas después de ser hipnotizada por el Dr. Lechler.